
La misión de la Universidad Javeriana en la sociedad colombiana

Pedro Arrupe, S.J.*

Cuando en mi lejano despacho de la Curia Generalicia pienso en la Pontificia Universidad Javeriana, surge en mi imaginación la figura de Javier y medito en la gran responsabilidad y el gran estímulo que para sus Directores, Profesores y alumnos significa el hecho de llevar el nombre del gran Apóstol del Oriente.

Como Javier también Uds. se encuentran en una posición apostólica de vanguardia. Para él se trataba de dar testimonio de Jesucristo en lejanas regiones, ricas de antiguas tradiciones culturales y religiosas, donde no había llegado todavía su Evangelio. Para ustedes se trata de servir la fe en un país y en una sociedad fundamentalmente cristianas, pero también —como nos lo recordaba Su Santidad Pablo VI hace dos años— desde los puestos de avanzada del pensamiento humano y de la vida del espíritu, allí donde se está jugando en gran parte el futuro del hombre y de la sociedad (Cf. Discurso de Pablo VI a los Presidentes y Rectores de las Universidades de la Compañía de Jesús, agosto 7 de 1975).

Movida por el mismo Espíritu que mueve la Iglesia, la vida de Javier fue una continua búsqueda de “los modos más aptos para hacer más cercanos,

*Carta del entonces Superior General de la Compañía de Jesús a los Decanos y Profesores de la Universidad Javeriana, agosto 16 de 1977.

operantes y benéficos sus contactos con la humanidad” (Ecclesiam Suam, n. 13), para mejor evangelizar las culturas y sociedades a las que había sido enviado.

Su ejemplo es para ustedes una invitación permanente a superar todas las inercias y todos los obstáculos que impiden que la concepción cristiana del hombre y de la sociedad que esta Universidad representa sea cada día más una realidad operante que inspire y oriente no solo la vida de los que en esta Universidad se forman, sino también la cultura y la vida de toda la sociedad colombiana.

Como la de Javier, pues, la misión de esta Universidad es eminentemente apostólica, aunque esta misión, como es obvio, se ejerza de un modo y a un nivel distintos de los de Javier, y siempre respetando la autonomía y las funciones propias y específicas que como a centro universitario le competen. Pues de la misma manera que la Escuela Católica si no es “escuela” y no reproduce los elementos característicos de ésta, no puede aspirar a llamarse “católica”, tampoco puede pretender una universidad llamarse “católica” si no cumple con los requisitos y funciones esenciales que la definen como “universidad”.

Ustedes saben mucho mejor que yo cuáles son estos requisitos y funciones específicamente universitarios, tanto en el campo del estudio y de la investigación, como en el de la educación y del servicio a la comunidad social. No es necesario recordarlas aquí de nuevo. Pero esto supuesto, solo quisiera evocar ahora, muy brevemente y en sus grandes líneas, algunas de las dimensiones apostólicas que deberían caracterizar la tarea universitaria de una institución como la Universidad Javeriana, de la cual la Compañía de Jesús, junto con todos ustedes, se siente directamente responsable.

En repetidas ocasiones la Iglesia nos ha recordado la importancia apostólica de la Universidad Católica (Cf. “*Gravissimum Educationis*”, nn. 2 y 10), y su contribución específica como institución “al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana que va caminando hacia el fin trascendente que da sentido a la vida” (Cf. Segundo Congreso de Delegados de las Universidades Católicas, Roma, 20-29 nov. 1972).

Aplicando a esta Universidad, en la que ustedes ejercen funciones de tanta responsabilidad, lo que un reciente e importante documento de la Santa Sede dice de la Escuela Católica en general, podríamos decir que la Javeriana, si quiere ser fiel a su misión, debería constituir un medio privilegiado para la formación integral del hombre colombiano, un centro donde, a la luz de la

fe, se elaborara y se transmitiera una concepción específica del mundo, del hombre y de la historia, contribuyendo así a orientar los destinos de la Nación Colombiana en los años que van a venir. ("La Escuela Católica", Sagrada Congregación para la Educación Católica, Roma 1977, n. 8). Permítanme que a la luz de este reciente documento de la Santa Sede les sugiera algunos puntos que quizás puedan ayudarles a reflexionar sobre la actualidad e importancia de la misión que les ha sido confiada, y sobre los medios concretos más aptos para llevarla a cabo.

La formación humana integral y la elaboración y transmisión de una determinada visión de la realidad o concepción de la vida, son funciones de capital importancia y de urgente necesidad en el contexto del mundo actual y al mismo tiempo muy propias de una Universidad. En la Universidad Católica estas funciones se ejercen y desarrollan a la luz de la fe, bajo la inspiración de los valores éticos y religiosos que nuestra fe comporta. Es la visión de la realidad así iluminada e inspirada la que, después de todo, nos sostiene en nuestra tarea universitaria y nos guía en la selección de programas, de contenidos y de métodos, y en la determinación de las metas y objetivos que en nuestro proyecto universitario nos proponemos alcanzar.

Estas funciones se inter-relacionan y complementan mutuamente y nos exigen, al mismo tiempo que respeto y amor por la verdad, la cultura y el saber humanos, también una gran fidelidad a los principios evangélicos y una apertura siempre mayor a las aspiraciones y necesidades del hombre actual. Es no solo mediante la asimilación sistemática y crítica, viva y vital, de los valores culturales, discernidos a la luz de la fe, sino también de una realidad bien concreta con todos sus problemas y necesidades, como se forma integralmente al hombre cristiano.

Por un lado no podemos asumir la sola realidad concreta, aquí y ahora, como el único criterio para definir los valores constitutivos de nuestra concepción de la vida, "corriendo así el peligro de responder a aspiraciones transitorias y superficiales y perder de vista las exigencias más profundas del mundo contemporáneo" ("Escuela Católica", n. 30). Para nosotros es sobre todo la fe, la que nos ayuda a discernir, en el patrimonio cultural del pasado y en la realidad del presente, los valores que son absolutos y perennes y los que son contingentes y caducos, los valores que hacen al hombre y los contravalores que lo degradan (Ibid. no 11).

Por otro lado, sin embargo, no podemos de ninguna manera minusvalorar ni mucho menos ignorar en el ejercicio de nuestra tarea universitaria los graves problemas y necesidades del tiempo y de la sociedad en que vivimos.

Pues es en gran parte en función de este contexto actual y en estrecho contacto con la realidad concreta como se tiene que desarrollar tanto la labor universitaria de formación como la de estudio e investigación para que sean fecundas; y es a su vez la realidad concreta la que nos ayuda a profundizar y comprender mejor, a explicitar y definir más concretamente los contenidos y las exigencias de nuestra fe.

De la misma manera que la Universidad Católica no puede impartir una formación válida, ni elaborar y transmitir una cultura o un saber verdaderamente educativos, si su labor no está fecundada por la realidad y por la experiencia vivida y no está iluminada e inspirada por la fe, también fallaría la Universidad en el desempeño de su misión apostólica si su labor no estuviera motivada y gobernada por el ideal de amor y de servicio del prójimo que la fe implica. Una Universidad Católica no tendría razón de ser si formara hombres y mujeres “para sí”, incapaces de superar su innato individualismo y no comprometidos en el servicio de Dios en favor de sus propios hermanos (Ibid., n. 45); tampoco se justificaría su existencia si transmitiera un saber y una cultura, concebidas más como poder y dominio, “como medio de crearse una posición, de acumular riquezas” que “como un deber de servicio y de responsabilidad hacia los demás” (Ibid., n. 56).

La Universidad Católica está llamada hoy día a prestar un doble e insustituible servicio a una sociedad como la nuestra tan impregnada de materialismo, hedonismo y consumismo y tan marcada por el egoísmo y el gran pecado de injusticia. Por una parte, debe contribuir positivamente con su visión crítica y específica de la realidad y a través de su labor de estudio y de investigación, a dar una respuesta —en la fe— a los graves problemas que oprimen y desgarran a la humanidad; debe colaborar así a la construcción de una sociedad basada en la solidaridad y en el bien común de todos y gobernada por otros valores que no son la simple ganancia o una eficiencia y placer siempre mayores. Por otra parte, la Universidad Católica debe contribuir a la formación de los que mañana serán los artífices o por lo menos colaborarán en la construcción de ese nuevo mundo: hombres y mujeres de fe profunda, capaces de resistir a las grandes tentaciones de nuestro tiempo, “personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas” (Ibid. n. 31), hombres y mujeres para los demás.

Esta expresión “hombres y mujeres para los demás”, o más brevemente, “personas para los demás”, creo que es una fórmula que resume el ideal de nuestra actividad pedagógica: es un modo actual de expresar lo que la *Ratio Studiorum* decía cuando ponía como ideal la educación en la formación de

cristianos que viviesen su fe y que estuviesen como hombres armónicamente formados intelectual, afectiva y técnicamente.

Este ideal “personas para los demás” es aceptado y entendido por todos, pues el cristianismo lo interpreta iluminado por su fe al comprender el sentido de la caridad que su modelo, Jesucristo, nos enseñó cuando dio su vida por los demás, por todos los hombres, incluso por sus enemigos: por eso la vida de nuestro alumno se considerará una expresión viviente del “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”.

Pero aun el que no es cristiano, e incluso el que no tiene ninguna fe, ni admite valores trascendentes, reconoce que esa expresión tiene el significado del más alto “filantropismo” y lo acepta como un programa noble de vida, atrayente, actualísimo en este mundo del más refinado y frío egoísmo; y el mejor remedio contra el “homo homini lupus”.

De ahí que debemos considerar y meditar todo lo que significa la expresión “persona para los demás”: es el tratar de desarrollar al máximo sus cualidades, sus conocimientos, sus relaciones humanas y su experiencia, de modo que llegue a ser un hombre o una mujer que posea cuanto ha podido conseguir durante su formación y sus estudios y todo lo pone al servicio de los demás. Este es no solo el antídoto más eficaz contra el actual hedonismo y la egolatría, sino que será también la preparación más eficaz para que las relaciones humanas, a nivel personal, nacional e internacional, puedan engendrar las estructuras sociales de un mundo más humano y más justo, y que se elimine esa espada de Damocles que el materialismo egoísta está sosteniendo sobre la humanidad con el hilo de un equilibrio inestable, basado en el odio, y que se puede romper en cualquier día, originando una catástrofe nuclear de proporciones mundiales.

Este ideal puede, incluso, modificar nuestros métodos pedagógicos basados no pocas veces en la “competencia” de la oposición y en el instinto de la propia superioridad sobre los otros. Deseando ser el más reconocido, el más poderoso, el más adinerado y rindiendo así culto a esos ídolos humanos de todos los tiempos: el dinero, el poder, el placer.

En nuestro caso el ideal es el servicio, que no excluye la recompensa justa del trabajo, pero cuyo ideal es ser útil para el prójimo y la humanidad; y si se esfuerza en desarrollar al máximo su personalidad, es para poder ser útil y servir mejor a los demás; y en su deseo de que sus prójimos sean mejor servidos, no se entristecerá cuando reconozca que otros pueden servir mejor a los demás.

Esta clase de hombres los necesita hoy el mundo que es precisamente el opuesto, el “super-ego-egoísta”, u hombre convertido en número por los ideólogos materialistas o del “manager” que convierte al hombre en máquina para que rinda más, aun a costa de los más altos valores humanos.

Dentro de este sentido católico de nuestras Universidades, tal vez el Carisma ignaciano *del servicio* pueda añadir un nuevo matiz a la formación de nuestros Institutos Pedagógicos.

Es de todos sabido que la última Congregación General, la más alta autoridad legislativa dentro de la Compañía de Jesús, señaló a ésta una misión bien definida: “Comprometerse bajo el estandarte de la Cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”. (C.G. XXXII, D. 2, n. 2). Al proponernos este objetivo para nuestro apostolado en el mundo de hoy, la Congregación General no hizo sino responder a la llamada del Espíritu que nos habla por los signos de los tiempos, y salir al encuentro de necesidades apostólicas sobre las cuales la Iglesia ha insistido tanto estos últimos tiempos, antes y después de la Congregación General. (Cf. “La Justicia en el mundo”, Sínodo de Obispos, 1971; Exhortación Apostólica “Evangelii Nuntiandi”, nn. 9, 29, 31, 33,34). Pero al definir nuestra misión en estos términos, la Congregación General no quiso de ninguna manera implicar que para servir la fe y promover la justicia en el mundo actual, los jesuitas tenemos que dedicarnos exclusivamente a apostolados más directos o a acciones individuales, aparentemente más eficaces, abandonando nuestros compromisos institucionales: nuestros centros de estudio e investigación, nuestros colegios y universidades. Esto no quiere decir, sin embargo, que hoy en algunas regiones nuevas necesidades apostólicas no nos puedan exigir, y de hecho nos exijan, una distribución más equitativa de nuestros recursos para favorecer sectores apostólicos o grupos sociales más necesitados y que nosotros hasta ahora, si no hemos abandonado, por lo menos no hemos atendido suficientemente.

En primer lugar, la Congregación General quiso dejar bien claro que el servicio de la fe y la promoción de la justicia no constituyen un nuevo ministerio o sector de actividad, sino más bien una dimensión o un factor integrador de todos nuestros ministerios y tareas apostólicas, incluyendo la educación. (Cf. D. 2, n. 9; D. 4, n. 47). En segundo lugar, la Congregación General coloca la obra de formación y de educación entre los medios más eficaces para servir a la fe y promover la justicia y nos invita a proseguir e intensificar esa labor. (D. 4, n. 60).

Por consiguiente, la misión de servir a la fe y promover la justicia que la Congregación General ha confiado a todos los miembros y obras de la Com-

pañía, no solo no es ajena al quehacer universitario, sino que debería encontrar en nuestras universidades uno de los medios más eficaces para llevarlas a cabo. En mi reciente carta sobre “El apostolado intelectual en la misión de la Compañía hoy”, he querido poner una vez más de relieve la grande importancia de la investigación y de la enseñanza superior, precisamente para conseguir los objetivos apostólicos que nos hemos propuesto.

Como ya lo había hecho el Concilio Vaticano II (“Gravissimum Educationis”, n. 2), en su documento sobre la Escuela Católica la Santa Sede confirma de nuevo en su autoridad, y en términos claros y explícitos que no dan lugar a ninguna duda, la obligación de los centros de enseñanza católicos de educar en la fe y para la justicia, y de contribuir así —y esto tiene especial aplicación a universidades e institutos de estudios superiores— a la elaboración de un proyecto de sociedad basado e inspirado en el amor y en la justicia que la fe nos exigen.

“La Escuela Católica entra de lleno en la misión salvífica de la Iglesia y particularmente en la exigencia de la educación para la fe... El proyecto educativo de la Escuela Católica se define precisamente por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo, con el intento de arraigarlo en la conciencia y en la vida de los jóvenes...” (“La Escuela Católica”, n. 9). “Consciente de que el hombre histórico es el que ha sido salvado por Cristo, la Escuela Católica tiende a formar al cristiano en las virtudes que los configuran con Cristo, su modelo, y le permiten colaborar finalmente en la edificación del reino de Dios”. (Ibid. n. 36).

Ciertamente que estas y otras afirmaciones del mismo documento, aunque no se refieran directa y específicamente a centros universitarios como tales, nos ayudan a comprender mejor todo lo que significa e implica para una universidad llamarse “católica”. Lo mismo podríamos decir del compromiso por la promoción de la justicia en un contexto de fe y que algunos, aun hoy día, asumen no sin dificultad y con reservas, como si fuera algo marginal a la labor estrictamente universitaria, como una tarea suplementaria que la Compañía nos quisiera imponer un poco arbitrariamente. Oigan con qué fuerza la Iglesia nos habla de la promoción de la justicia como parte integrante del proyecto educativo de la Escuela Católica:

“La Escuela Católica, movida por el ideal cristiano, es particularmente sensible al grito que se lanza de todas partes por un mundo más justo, y se esfuerza por responder a él contribuyendo a la instauración de la justicia. No se limita, pues, a enseñar valientemente cuáles sean las exigencias de la justicia, aun cuando eso implique una oposición a la mentalidad local, sino que trata de hacer operativas tales exigencias en

la propia comunidad, especialmente en la vida escolar de cada día. En algunas naciones, como consecuencia de la situación jurídica y económica en la que desarrolla su labor, corre el riesgo de dar un contratestimonio, porque se ve obligada a autofinanciarse aceptando principalmente a los hijos de familias acomodadas. Esta situación preocupa profundamente a los responsables de la Escuela Católica, porque la Iglesia ofrece su servicio educativo en primer lugar a 'aquellos que están desprovistos de los bienes de fortuna, a los que se ven privados de la ayuda y del afecto de la familia, o que están lejos del don de la fe'. (Cf. Concilio Vaticano II, Declaración sobre la Educación Cristiana "Gravissimum Educationis", n. 9). Porque, dado que la educación es un medio eficaz de promoción social y económica para el individuo, si la Escuela Católica la impartiera exclusiva o preferentemente a elementos de una clase social ya privilegiada, contribuiría a robustecerla en una posición de ventaja sobre la otra, fomentando así un orden social injusto". (Ibid., n. 58).

Es verdad que el reproche que con frecuencia se nos hace de elitismo, de favorecer indebidamente con nuestra acción educativa a las clases sociales más acomodadas, aunque en buena parte fundado, no parece tener suficientemente en cuenta los factores, ajenos a nuestra voluntad, que con frecuencia nos fuerzan a adoptar tales medidas (Cf. Ibid. n. 21). Con todo, este como otros aspectos de nuestra misión de servir a la fe y promover la justicia, nos invitan a una profunda y continua revisión y autocrítica de nuestro proyecto educativo, y también a asumir, con audacia evangélica, todas las consecuencias que se derivan de aquella misión.

No podemos eludir nuestra responsabilidad, especialmente en regiones como América Latina y en naciones como Colombia, donde por desgracia todavía son realidad los problemas que los Obispos del Tercer Mundo señalaron en el último Sínodo y que el Santo Padre nos recuerda en su exhortación apostólica sobre "La Evangelización del Mundo Contemporáneo":

"Es bien sabido en qué términos hablaron durante el reciente Sínodo numerosos Obispos de todos los continentes, y sobre todo, los Obispos del Tercer Mundo, con un acento pastoral en el que vibraban las voces de millones de hijos de la Iglesia que forman tales pueblos. Pueblos, ya lo sabemos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc. La Iglesia, repitieron los

Obispos, tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización". ("Evangelii Nuntiandi", n. 30).

Se debe reconocer que la tarea que a ustedes les espera no deja de ser ardua y compleja, "sobre todo hoy, cuando el cristianismo debe ser encarnado en formas nuevas de vida por las transformaciones que tienen lugar en la Iglesia y en la sociedad, particularmente a causa del pluralismo y de la tendencia creciente a marginar el mensaje cristiano" ("La Escuela Católica", n. 66; ver también C.G. XXXII, D. 4, nn. 24-27). Sin embargo, es para mí motivo de consuelo y de esperanza saber que la Iglesia puede contar en la Universidad Javeriana con un nutrido grupo de profesionales católicos, competentes en las diversas disciplinas del saber humano, unidos entre sí por un mismo ideal, deseosos de dar una respuesta, en la fe, a los graves problemas con que esta nación tiene que enfrentarse, y de crear en los estudiantes una inquietud real por la situación de incredulidad y de injusticia que de hecho caracteriza nuestra sociedad.

Los jóvenes necesitan y piden un mensaje que inspire fe y esperanza, amor y justicia, aunque quizás no siempre se muestren dispuestos a aceptar las consecuencias que un tal mensaje implica. Hoy, en todas partes y también en Colombia, la rebeldía de los jóvenes contra el tipo de sociedad en la que les ha correspondido vivir se manifiesta de maneras muy diversas: grupos a veces con las más distintas y contradictorias tendencias; maneras de vestir y de comportarse que rompen con lo tradicional; manifestaciones públicas de protesta que llegan hasta la violencia; droga, libertinaje.

No podemos ignorar las graves desviaciones, la falta de fe y de esperanza, que estos fenómenos entrañan no pocas veces; pero por otra parte también debemos esforzarnos por descubrir su raíz profunda y su significado real, pues constituyen un llamado urgente para los que, como nosotros, en alguna forma podemos influir en los destinos de la sociedad.

¿Por qué los jóvenes han tenido que acudir a estos extremos para manifestar su inconformidad? Tal vez porque se han sentido incomprendidos, porque los encargados de orientarlos no han tenido la penetración necesaria para llegar al origen mismo de su angustia, ni la audacia para aceptar cuanto en ella hay de verdadero. Pues, aunque a veces no podamos aprobar algunos de los objetivos que los jóvenes se proponen ni los medios que utilizan para alcanzarlos, tenemos que reconocer que muchas de las causas que provocan su

rebelión y su protesta son con frecuencia muy reales. Muchos de ellos luchan porque sienten que el mundo está mal organizado; porque la distribución de los bienes es profundamente injusta; porque el desarrollo industrial, mal orientado, tiende con frecuencia a perpetuar, si no a aumentar la desigualdad ya existente, al mismo tiempo que contamina el ambiente y amenaza destruir la naturaleza; porque, como consecuencia de todo lo anterior, el hombre es lobo para el hombre, se vive bajo el signo de la violencia y del terror, los grandes valores morales van desapareciendo y con ellos el idealismo y la esperanza en el futuro.

Frente a todos estos problemas y a otros muchos relacionados con ellos, problemas tan vitales y tan urgentes, no podemos refugiarnos en estudios o investigaciones puramente académicas, ni ofrecer soluciones “prefabricadas”, que no son fruto de una confrontación con la realidad concreta en la que se desarrolla la vida de los jóvenes que frecuentan la Universidad. (Ibid., n. 27). Se trata de problemas complejos, íntimamente relacionados entre sí, y que requieren para su estudio y solución la colaboración de diversas disciplinas, incluyendo la teología; pues se trata antes que todo de problemas profundamente humanos que hay que afrontar bajo la luz de “una cierta concepción del hombre” (Evangelii Nuntiandi, n. 3), que no se da sin el aporte de la fe y sin una seria elaboración doctrinal. Es en el mensaje cristiano donde el hombre moderno encontrará “la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su compromiso de solidaridad humana: (Discurso de Pablo VI al Sdo. Colegio de Cardenales, junio 22 de 1973, AAS 65 (1973), p. 383).

En este contexto, ustedes comprenderán la alegría que me causó enterarme que la Universidad Javeriana había tenido la feliz intuición de crear una Facultad de Estudios Interdisciplinarios. Dado el amplio espectro de disciplinas que cultiva, esta Universidad me parece que está singularmente preparada para llevar a feliz término un proyecto de este tipo y hacer de la interdisciplinaria una preocupación de todos los profesores, investigadores y alumnos. Al mismo tiempo que les invito a seguir por este camino, me permito recordarles lo que escribí hace poco a toda la Compañía sobre la colaboración y el trabajo interdisciplinar:

“Sabemos cuán difícil es en la práctica un trabajo interdisciplinar que supere la superficialidad. Puede ocurrir, incluso, que se comience a trabajar sin que cada uno vea claro y acepte los planteamientos de otra disciplina que no sea la suya. He de hacer constar que la Compañía necesita investigadores de un tipo nuevo: con gran capacidad de síntesis que les permita presentar soluciones globales, de fondo articuladas, que son

las que necesitan los grandes problemas actuales de la humanidad. Hará falta también, hablando en general, superar nuestro individualismo y el egocentrismo de quien se encastilla en su propia especialidad.

Hemos de tener especial cuidado al analizar una situación local concreta a la luz de varias disciplinas. No será suficiente el contar con especialistas en varias cosas, sino que junto a quienes enfocan el problema desde un ángulo intelectual hay que tener en cuenta a aquellos que lo conocen existencialmente, por ejemplo desde la experiencia real de la pobreza.

Dada la diversificación de especializaciones de nuestros intelectuales, la extensión geográfica de la Compañía, la amplitud de contactos con grupos y culturas tan diversas, tenemos posibilidades excepcionales para actividades interdisciplinarias. Y por lo mismo nuestra responsabilidad es mayor y estamos tanto más obligados a colaborar como cuerpo a la solución de los 'grandes problemas con que hoy se enfrentan la Humanidad y la Iglesia' y que con tanta instancia nos ha recomendado la Congregación General XXXII: Problemas que casi siempre son multidisciplinarios. Y cuántas veces intentamos resolverlos de maneras claramente insuficientes porque los atacamos solo desde el ángulo de nuestra propia especialidad! ("El apostolado intelectual en la misión de la Compañía hoy", Roma, Navidad de 1976, pp. 7-8).

En este punto de interdisciplinariedad quisiera mencionar un aspecto muy importante: como Universidad Católica de la Compañía de Jesús, la Javeriana pertenece a un grupo de Universidades que se orientan e inspiran en el espíritu ignaciano. Esas más de setenta Universidades se encuentran en todos los continentes y, además de abarcar entre todas prácticamente la totalidad de las disciplinas del saber humano, están en contacto con todas las principales culturas y sub-culturas. Esto proporciona una dimensión extraordinariamente interesante: la dimensión intercultural, es decir, los problemas del hombre especialmente los universales por radicar en la naturaleza humana o en los valores y derechos humanos, presentan una serie de aspectos que se manifiestan y modifican según las tradiciones y las culturas. De ahí que, la riqueza que ese poliformismo antropológico y cultural, cuando se valoriza y se somete al estudio de la "cultura comparada", completa los conocimientos que son resultados de una investigación monocultural o reducida a un continente; así le da un valor más universal.

La Compañía podrá dar una contribución valiosa en este sentido. Consciente de ello estamos trabajando en cada Continente para que pueda iniciarse una cultura intercontinental y, por tanto, interdisciplinar, que nos

ilumine en la búsqueda y encuentro de soluciones más objetivas, más ricas, más universales y, por tanto, más satisfactorias de los problemas humanos. Espero que la Javeriana sea uno de esos polos de reflexión más valiosa.

Es decir, me parece que en ese sentido la Compañía está en una situación de poder ofrecer un servicio muy amplio.

1) Ante todo, ofrece la luz de la fe y los criterios evangélicos para el enfoque, planteamiento y solución de los problemas humanos.

2) Además del aporte científico y teológico-filosófico, puede ofrecer una gama muy completa de las demás disciplinas.

3) La internacionalidad añade un factor de universalidad y de pluralismo cultural de gran importancia.

4) Su contacto con todos los estratos sociales puede aportar una serie de intuiciones, experiencias y aspectos de la vida humana: este aspecto vivencial da a estas investigaciones un valor imprescindible en la solución de los problemas humanos.

Aquí veo, y siempre he visto, un aporte muy calificado y yo diría único que puede ofrecer la Compañía de Jesús.

Espero que la Universidad Javeriana sea un centro valiosísimo para iluminar a otros y para contribuir a lo que el mundo y la Iglesia buscan con tanta ansia: la redención integral del hombre y la creación de un "mundo nuevo y una tierra nueva".

Permítanme que termine con unas palabras, no ya sobre la misión que esta Universidad tiene que llevar a cabo al servicio de la fe y para la promoción de una mayor justicia en la sociedad colombiana, sino más bien dirigidas a ustedes, Señores Decanos y Profesores, y a todos aquellos de cuya colaboración responsable depende en gran parte el éxito de esa misión.

Su fe en los ideales que inspiran la vida y actividades de esta Universidad, su adhesión firme y entusiasta a la misión que la Iglesia y la Compañía de Jesús les confía, es condición esencial para asegurar la participación activa y responsable de todos los otros miembros de la comunidad universitaria en la consecución de los objetivos que la Universidad se propone.

Tampoco podemos, con eficacia y credibilidad, impartir una formación humana integral, ni transmitir una concepción cristiana de la vida,

si los valores que tal formación y concepción comportan, no se reflejan de alguna manera en nuestra existencia individual y comunitaria, en lo que somos y hacemos. En la "Evangelii Nuntiandi", Pablo VI insiste una y otra vez sobre la importancia "primordial" del testimonio para realizar la misión apostólica que se nos ha confiado; esto es verdad hoy más que nunca, ya que: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan... o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio" ("Evangelii Nuntiandi", n. 41; ver también nn. 21 y 26).

Esto nos recuerda a todos nosotros la necesidad de un contacto vital y siempre renovado con Cristo y de una referencia constante a su palabra salvífica, fuentes de donde nos llegan la inspiración y fuerza necesarias para la realización de nuestra misión en el campo universitario. Delante de la magnitud y complejidad de nuestra tarea, nos alienta el pensar que es el mismo Jesucristo el que inspira, guía y sostiene nuestros pobres esfuerzos y el que, si confiamos en El, los llevará a la plenitud.

La meta que la Iglesia y la Compañía les propone para su labor, Señores Decanos y Profesores, es difícil y ambiciosa, pero al mismo tiempo noble, atractiva y hoy día muy necesaria. Colaborar en esta tarea será para ustedes la más honda satisfacción, será el mejor servicio que pueden prestar a Colombia.